

Esta es una pequeña muestra
del libro *La marca de un hombre*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La marca
de un
Hombre

La marca
de un
Hombre

Siguiendo el ejemplo
de masculinidad de Cristo

*Elisabeth Elliot*TM

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#MarcaDeUnHombre

La marca de un hombre

Siguiendo el ejemplo de masculinidad de Cristo

Elisabeth Elliot

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *The Mark of a Man* © 1981 por Elisabeth Elliot, publicado por Revell.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas (NBLA) © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional © 1999 por Bíblica, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-85-0

SDG

Para Peter Henry de Vries

En este libro, Elisabeth Elliot resalta las distintas funciones que Dios asignó a Adán y Eva, y como esto hace evidente que los sexos, gloriosa y radicalmente, no son iguales. Fue escrito como consejo personal para su sobrino Pete, pero sus convicciones sobre la hombría te ayudarán a ver la gloria y el propósito de la verdadera masculinidad y te darán confianza para seguir adelante moldeando tu propia identidad como hombre cristiano.

Contenido

Introducción	9
1. Como son las cosas	15
2. Igualdad en que ambos fueron creados.	17
3. Igualdad en portar la imagen de Dios	21
4. Igualdad en responsabilidad moral.	23
5. Las desigualdades	27
6. El creador de distinciones	31
7. Solo una persona.	33
8. El problema que enfrentamos	37
9. Una vertical local.	41
10. La historia antigua.	43
11. Demasiado maravilloso para Salomón	47
12. ¿No es importante?	51
13. La masculinidad implica iniciativa.	53
14. La feminidad implica respuesta	57
15. El diseño.	61
16. Imágenes divinas.	65
17. Prejuicio o regalo.	69

18. Dos teatros	73
19. El elenco	77
20. No por mérito, pero hay un orden	81
21. Un hombre que se hace responsable es un siervo	85
22. La palabra hablada	89
23. El bien y el mal	93
24. La autoridad es una fuente de poder	97
25. Iniciación en la hombría	101
26. El camino hacia la vida	105
27. La autoridad es adecuada	111
28. ¿Quién corteja?	115
29. La autoridad implica sacrificio	119
30. El liderazgo a través del sufrimiento	123
31. Administradores del misterio	127
32. La cortesía	133
33. De suavizarlo todo	137
34. Soportar con firmeza	141
35. Héroes	145
36. La hombría implica obediencia	151
37. El perdón	155
38. La ternura	159
39. El amor es un fuego purificador	161
40. Haciendo el amor o amando	167
41. Tener una familia	173
42. Lista de cualidades	179
43. Cómo ayudar con la lista de cualidades	187
44. Cuando no la entiendes	191
Notas	195

Introducción

Pete, te sorprendería la frecuencia con la que estás en mis pensamientos. Y así como estás en mis pensamientos, estás en mis oraciones, tú y mis otros dos sobrinos que ya están en edad de casarse, Gene y Steve. Oro para que Dios los haga hombres de verdad y les dé por esposas, si Él quiere que se casen, a mujeres de verdad.

Estás en mis pensamientos en esta oscura tarde de invierno. El mar, que miro a través de la ventana que está junto a mi máquina de escribir, es de un color gris acorazado y forma largas olas empujadas por el viento del noreste. Tres pequeñas aves flotan sobre las olas, desapareciendo por completo bajo la superficie de vez en cuando, para volver a aparecer, como si fueran corchos. Las olas se agitan, hacen espuma y golpean contra las grandes rocas debajo del acantilado, alabando a Dios. “Alaben ellos el nombre del SEÑOR, pues Él ordenó y fueron creados; los estableció eternamente y para siempre, les dio ley que no pasará. Alaben al SEÑOR desde la tierra, monstruos marinos y todos los abismos” (Salmo 148:5-7).

Hace poco más de una semana nos llevaste a Lars y a mí al aeropuerto en ese pequeño auto negro que ¡está tan necesitado de asientos nuevos!, el auto que te dio lo que llamaste una historia Saab cuando lo acababas de comprar pensando que realmente habías

conseguido una oferta. Recuerdo tus problemas de ese año escolar, exactamente el tipo de problemas que uno esperaría que tuviera un joven: su auto, sus calificaciones en la universidad, ¡su(s) amiga(s)! Y cuando llamaste para pedir consejo, te dije: “Sabes lo que te voy a decir, ¿verdad, Pete?”.

“Sí. Por eso llamé. Necesitaba escucharlo de nuevo”.

Entonces hablamos de aprender a conocer a Dios. La fe debe ejercitarse en medio de una vida ordinaria y con los pies en la tierra. La vida ordinaria incluye problemas. Cuando las cosas van como nos gustaría, la fe muchas veces no parece necesaria. Pero cuando las cosas se complican es cuando buscamos respuestas o ayuda. ¿De dónde exactamente esperarías que vinieran las pruebas de fe de un joven, si no en las tres áreas en las que estabas teniendo problemas?

“¡Es cierto!”, dijiste.

Luego estaba la pregunta sobre participar en un grupo cristiano universitario. Pocos de nosotros somos buenos para ser cristianos por nuestra propia cuenta, pues se supone que somos un rebaño o un cuerpo. Necesitamos ayuda: alguien con quien estudiar la Biblia, alguien con quien orar, alguien que nos anime cuando estamos deprimidos. Prometiste buscar un amigo cristiano.

Por supuesto, mis oraciones por ti se intensificaron después de cada llamada telefónica o carta.

La semana pasada volví a pensar en ti, en una convención de estudiantes donde estaba hablando —entre otras cosas— sobre la mujer casada en el campo misionero. Me sorprendió encontrar entre mi público, además de mujeres casadas, varios cientos de mujeres y hombres solteros. Me di cuenta de lo mucho que se habían torcido las cosas en la última década, cuando —a propósito de mi tesis de que *sí hay* una diferencia entre hombres y mujeres, y que no son intercambiables— pedí que levantaran la mano los hombres a los que les gustaría que los invitaran a salir en una cita. Yo no estaba nada

preparada para la respuesta. Cientos de manos se alzaron. Debería haber pedido entonces ver las manos de aquellos hombres que *no* les gustaría que los invitaran a salir (me pregunto si las habría habido), pero yo estaba demasiado sorprendida y confundida. Cuando sugerí que pusiéramos una hoja de inscripción en la parte posterior del auditorio, los aplausos, la ovación y los gritos (los más fuertes, supongo, que eran de las mujeres solteras) fueron exagerados. A todos menos a mí les hizo gracia. Los jóvenes de su época, tan acostumbrados a oír hablar de *igualdad*, *derechos* y *personalidad*, ya no saben cuál es la diferencia entre los sexos. Incluso se preguntan si es legítimo notar alguna diferencia o si no sería mejor fingir que no la hay.

Bueno, Pete, sí existe una diferencia.

“¡Pues claro!”, te escucho decir. “¿Crees que no lo sé?”. Por supuesto que lo sabes. Todo el mundo lo sabe. La diferencia biológica es —al menos hasta ahora— un dato innegable. Hay una cierta “inmovilidad” en los hechos simples. No desaparecerán. Pero la ciencia está trabajando duro para cambiar todo eso. ¡Dios nos ayude si tiene éxito!

Pero en esta era de la *Enmienda de Igualdad de Derechos* hemos hecho todo lo posible por borrar, ignorar, superar o al menos difundir los hechos físicos. A veces esperamos que si nos volvemos verdaderamente civilizados y “liberados”, estaremos por encima de todo eso y que tal vez, si nos volvemos terriblemente “espirituales”, logremos trascenderlo. La trascendencia, sin embargo, no es en absoluto la de una verdadera visión cristiana, sino más bien un impulso completamente mundano de reorganizar las cosas para que se ajusten a nuestro humanismo. Las feministas están ocupadas reescribiendo toda la historia, la psicología, la mitología, la sociología e incluso la teología para adaptarla al espíritu de la época y, si te atreves a decir: “¡Oye, espera un segundo!”, sabes lo que te llamarán.

Hay una diferencia además de la biológica.

“¿Te referes a todos esos viejos estereotipos en los que se supone que los hombres deben hacer esto y las mujeres deben hacer aquello? ¡No son nada más que condiciones! ¡Cosas instintivas!”.

Yo también he escuchado esa respuesta. Rosemary Radford Reuther, profesora de teología histórica, en su libro *From Machismo to Mutuality [Del machismo a la mutualidad]*, habla acerca de “exponer” la masculinidad y la feminidad como “ideologías sociales”. ¡Qué decepción! Los cristianos han perdido el rumbo cuando aceptan algo así.

No, Pete. No hablo de biología, ni de estereotipos, ni de ideologías sociales. Me refiero a lo que *significa* la sexualidad (la masculinidad y la feminidad). ¿Alguna vez te has preguntado si la fisiología significa algo?

Te pido que te detengas y te preguntes, ¿hay mucho más aquí de lo que parece? ¿Hay más que solo lo que la costumbre o la cultura pueden explicar?

Hay un misterio. Es este misterio sobre el que quería escribirte. Eres un hombre, Pete, y lo sé al verte. Doy gracias a Dios por tu hombría.

A veces suspiro al recordar al niño que conocí hace tan poco tiempo. Odiabas las zanahorias. Pero eras obediente y, si tu madre te decía: “¡Cómete las zanahorias!” , te las metías en la boca. No siempre te las tragabas, como descubrimos un día en Quito, Ecuador. Tu familia y yo fuimos invitados a almorzar a la casa de un misionero. Creo que tenías unos cuatro años y tomaste una siesta en el dormitorio del misionero mientras charlábamos después de la comida. De camino a casa, aproximadamente una hora después, murmuraste: “¿Tengo que terminarme estas zanahorias?”. Todavía estaban escondidos en tu pequeña y regordeta mejilla.

Tengo una fotografía tuya junto a tu prima Valerie persiguiendo palomas en el paseo marítimo de Atlantic City. Me trae recuerdos de cómo ella caminaba de puntillas con mucha delicadeza, tratando de acercarse lo más que podía, y cómo tú te arrastrabas pesadamente con tus diminutos zapatos marca *Buster Brown* y te decepcionabas cuando las palomas se iban volando causando un alboroto.

Parece que creciste en tan solo unos pocos días. Vivías en Filipinas, donde te visité solo una vez. Allí estabas en el aeropuerto de Puerto Princesa, que no era mucho más que un puesto de limonada, agitando una enorme pancarta, ¡BIENVENIDOS TÍA BETTY Y TÍO ADD! Creo que tenías unos trece años, pero sabías maniobrar una lancha a motor, hacer esquí acuático, bucear, hacer funcionar un generador diésel, manejar una radio de onda corta y tocar maravillosamente el violín.

Has agregado muchas habilidades a esa lista en los años que han pasado. Me instalaste una luz fluorescente en la cocina durante unas vacaciones de Navidad. Has aprendido a esquiar y a montar a caballo y tienes un postgrado en violín de concierto.

El mundo clama por hombres fuertes y firmes: firmes en sus convicciones, fuertes para liderar, resistir y sufrir. Oro para que seas ese tipo de hombre, Pete, contento de que Dios te haya hecho hombre, contento de llevar la carga de la hombría en una época en la que hacerlo a menudo acarrea desprecio. Te digo lo que Pablo dijo en su carta a los cristianos de Éfeso:

Por tanto, tengan cuidado cómo andan; no como insensatos sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Así pues, no sean necios, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor (Efesios 5:15-17).

Este es un libro acerca de las cosas que marcan a esos hombres. Confío en que lo encontrarás suficientemente bien documentado para demostrar que no es simplemente un punto de vista interesante o simplemente algo pintoresco, sino que, de hecho, es la verdad la que salva.

Como son las cosas

Hace algunos meses un científico llamado Freeman Dyson describió, en un artículo de una revista, algunas de sus primeras experiencias en el laboratorio. Estaba encantado de que le autorizaran cristales, imanes, prismas y espectroscopios para realizar algunos experimentos antiguos y famosos, sabiendo de antemano cómo se suponía que debían comportarse las cosas. Le pareció un milagro cuando midió el voltaje producido por la luz de varios colores incidiendo sobre una superficie metálica y descubrió que la ley del efecto fotoeléctrico de Einstein era realmente cierta. Pero fue en el experimento de la gota de aceite de Millikan donde tuvo una revelación. Robert Millikan, un físico de la Universidad de Chicago, fue quien midió por primera vez la carga eléctrica de los electrones individuales. Hizo una niebla de pequeñas gotas de aceite y observó cómo flotaban bajo su microscopio mientras las jalaba y empujaba con fuertes campos eléctricos. Siguiendo las reglas de Millikan, Dyson había conseguido que las gotas flotaran muy bien, pero cuando agarró la perilla equivocada para ajustar el campo eléctrico, lo encontraron tirado en el suelo.

Esta breve y casi fatal exposición a una ley inmutable le reveló lo que Einstein había querido decir cuando dijo: “El eterno misterio del mundo es su comprensibilidad”. Dyson se dio cuenta de que sus cálculos más elaborados y sofisticados sobre cómo *debería*

comportarse un electrón no harían más que mostrar *cómo se comportaría*, independientemente de si alguna vez se tomó el tiempo o no en calcular sus acciones. Los electrones en la gota de aceite sabían exactamente lo que se suponía que debían hacer y lo hicieron, exponiendo a Dyson al peligro cuando agarró la perilla equivocada.

Vivimos en una época peligrosa. La gente está alterando lo que Dios ha dispuesto, agarrando las perillas equivocadas. Los resultados no siempre son tan dramáticos e instantáneos como lo fueron para Dyson, pero son igualmente inexorables: porque siembran vientos, y cosecharán tempestades (Oseas 8:7).

Durante los últimos meses he estado en contacto con varios matrimonios que se encuentran en profundas dificultades porque, creo, han sido infectados con la teoría de que la masculinidad y la feminidad no son muy importantes. Han “manipulado las perillas equivocadas”, por así decirlo, al negar los dones dados por Dios, tratando de hacer que el esposo y la esposa sean “iguales” y/o intercambiables. La retórica sobre la liberación, la sumisión mutua y el igualitarismo suena bastante inofensiva, incluso reveladora, pero es extremadamente peligrosa y la gente está acabando “por el suelo”, por así decirlo. De hecho, *existe* un orden dispuesto para hombres y mujeres, tanto como lo hay para los electrones. No importa quién esté prestando atención, no importa cuán cuidadosa o descuidadamente pueda llevar a cabo sus experimentos en el laboratorio el científico, los electrones están obligados a hacer ciertas cosas. Están obligados a hacerlo porque fueron creados para hacerlo. Así son las cosas.

Einstein vio el mundo como “comprensible”, es decir, reconoció su diseño y previsibilidad, que era, en sí mismo, su verdadero misterio. ¿Negaremos los que reconocemos al Creador del mundo, el más grande de los misterios humanos: el diseño de la sexualidad? ¿Nos centraremos más bien en algo atenuado y pobre, algo definido legalmente o (¡peor aún!) sociológicamente?

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
La marca de un hombre.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!